

ta no, sino la respuesta de mi alma!  
¡Necia de mí! ¡Mientras pretendía renunciar á mi voluntad, la he estado ejerciendo! ¡He sido esclava de todos los deseos de mi mente, en el momento mismo de querer dominarlos! ¿No pudiera ser que esa red de luz, ese brillo, ese globo oscuro, fuesen como el rostro de Pelagia, fantasmas de mi imaginacion... y hasta de mis sentidos? ¿No habria podido tomarme á mí misma por la Divinidad? ¿No habria podido ser yo misma mi luz, mi abismo?... ¿Seré yo misma mi abismo, mi luz, mi oscuridad? Dicho esto se sonrió con amargura, y dejándose caer sobre el lecho, sepultó la cabeza entre las manos, exhausta de cuerpo y de espíritu.

Levantóse al fin, y se sentó, sin reparar en sus despeinados rizos, mirando al vacío.—¡Una señal, una señal! dijo. ¡Cuánto diera por vivir en aquellos felices días cantados por los poetas, cuando los dioses se acompañaban con los hombres y combatían á su lado como amigos! Y sin embargo.... ¿Son esas antiguas narraciones creíbles, piadosas, decentes? ¿No las rechaza mi corazón? ¿Quién mas que yo ha despreciado con

Platon los feos hechos, las metamorfosis degradantes que Homero imputa á los dioses de Grecia? ¿Las creeré ahora? ¿Creeré que dioses que habitan en una region superior, se dignen hacerse palpables á nuestros sentidos.... á estos bajos accidentes de materia? No.... prefiero creer que Ares huyó gritando y herido por la mano de un mortal; prefiero creer en los adulterios de Júpiter y en los robos de Hermes, que en que los dioses hayan hablado nunca cara á cara con los hombres. Dejad que, á menos de volverme loca, interprete esto, diciendo que séres de ese mundo invisible, por el cual suspiro, se aparecieron y entablaron comunicacion con los habitantes de la tierra.... ¿Hay un mundo invisible? ¡Oh! ¡una señal! ¡una señal!...

Fuera de sí se dirigió á su *Sala de los dioses*.... Era una coleccion de estatuas antiguas que tenia allí como objetos mas bien de gusto que de adoracion. En torno de ella estaban mirando hácia arriba con los ojos en blanco, y ostentaban su muerta hermosura, aquellos frios sueños de las pasadas generaciones. ¡Oh! ¡qué no pudieran hablar y tranquilizar su corazón! En el extremo

inferior de la sala, habia una Minerva, completamente armada con egida, lanza y yelmo, perla de la escultura ateniense, que compró á unos mercaderes despues del saqueo de Atenas por los godos. Allí estaba, severamente hermosa; pero ¡hay! la mano derecha habia desaparecido, y permanecia extendido el brazo, como triste burla de la fé cuyo cuerpo aun duraba, mientras que su poder yacia muerto.

Hipatia estuvo contemplando, largo tiempo y apasionadamente la imagen de su diosa favorita, el ideal á que habia deseado por muchos años asimilarse; hasta que.... ¿era un sueño? ¿era un capricho de la moribunda luz solar? ¿ó aquellos labios se habian sonreido realmente?

¡Imposible! No, no, era imposible. Pocos años antes, ¿no habia saludado á un filósofo la estatua de una diosa? ¿No se contaban historias de estatuas, que se movian, de pinturas que abrian y cerraban los ojos, y otros milagros materiales, por cuyo medio una fé espirante procura desesperadamente, no enganar á los demas, sino persuadirse á sí misma de que está sana? Habia sucedido.

podia suceder.... el hecho era real y verdadero....

¡No! los labios de la diosa permanecian cerrados, como al principio, en aquella calma pétrea que no podia calificarse de sonrisa. El milagro, si habia habido alguno, habia pasado; y ahora... ¿la engañarian de nuevo sus ojos, ó habia visto las serpientes que rodeaban la cabeza de Medusa en el escudo de la diosa retorcerse, mostrarle los dientes y mirarla con sus ojos de piedra, como si deseasen petrificarla de terror?

¡No! tambien pasó esto. ¡Ojalá que la vision hubiese continuado, pues habria sido señal de vida! Hipatia miró otra vez el rostro de la diosa, pero inútilmente... La piedra estaba, como tal, insensible; y la jóven, sin saber lo que hacia, se encontró abrazando con pasion las rodillas del mármol.

— ¡Palas Atene! ¡Adorada Palas, siempre virgen! ¡Razon absoluta, que brotaste increada de la Unidad sin nombre! ¡Oyeme! ¡Compadécete de mí! ¡Habla, aunque sea para maldecirme! Tú, la única que manejas los rayos de tu padre, mátame con ellos, si es tu voluntad; pero haz algo.... algo que me prue-

be tu existencia.... algo que no me deje duda de que existen otros seres, fuera de esta materia grosera y de mi alma miserable. ¡Estás sola en el centro del universo! ¡Yazgo enferma en el abismo de la ignorancia, de la duda, de la oscuridad sin límites! ¡Oh! ¡compadécete de mí! ¡Sé que tú no eres esta piedra! ¡Tú estás en todas partes y en todas las cosas! ¡Pero sé que esta es una forma que te agrada, que simboliza tu nobleza! ¡Sé que te has dignado hablar á aquellos que!.... ¡Oh! ¡qué se yo? ¡Nada! ¡nada! ¡nada!

Y permaneció asida á la estatua, bañando con ardientes lágrimas los pies frios de la diosa, mientras que no hubo señal, voz, ni nada que le contestase.

De repente se sobresaltó oyendo ruido allí cerca, y mirando alrededor, vió detrás de ella á la vieja judía.

—¡Grita fuerte! dijo la hechicera con tono de amarga burla. Grita fuerte, por que es una diosa. Quizá esté hablando, ó persiguiendo, ó vaya de viaje, ó quizá haya envejecido, como nos sucederá á todos algun dia, hermosa dama, y cuesta mucho entonces moverse. ¡Cómo! ¿tu altiva amante no quiere hablarte, ni

aun abrir sus ojos, porque los hilos de metal han criado herrumbre? Bien, te buscaremos, si tal es tu deseo, un nuevo amante.

—¡Vete, hechicera! ¡Qué buscas aquí? dijo Hipatia levantándose; pero la vieja prosiguió friamente.

—¿Por qué no pruebas a ver si aquel hermoso jóven es mas aseQUIBLE? dijo señalando á una copia de Apolo que llamamos de Belveder. ¿Cual es su nombre? Las viejas somos siempre malas y envidiosas, como sabes. Pero él.... ¡oh! él no guardará su crueldad para un rostro tan lindo como el tuyo. ¡Ruega al jóven! O si tienes, quizá, vergüenza, la vieja judía lo hará por tí.

Estas últimas palabras fueron dichas con significacion tan marcada, que Hipatia, á pesar de su repugnancia, preguntó á la hechicera cual era su objeto. Miriam estuvo unos cuantos segundos sin responder, con sus ojos fijos en los de Hipatia; siendo tan ardiente su mirada, que hasta la orgullosa jóven, por la primera vez de su vida, tembló ante la profunda inteligencia, la intencion, el intrépido poder que en ella relucian.

—¿Quieres que la vieja hechicera lla-

me al hermoso joven Apolo? ¡Vendrá!  
¡Vendrá! Respondo que vendrá, en cuanto el dedo de la vieja Miriam se levante.

—¡Apolo, el dios de la luz, obedecer una judía!

—¡Una judía! Y tú una griega, ¿quién eres así? exclamó la hechicera. ¿Quién eres tú? ¿Qué son tus dioses, tus héroes, tus diablos? ¡Vosotros, criaturas de ayer, comparadas con nosotros, eslavos medio desnudos, que armábais disputas sobre el sitio de Troya, mientras que nuestro Salomón, rodeado de magnificencias tales como no las ha visto nunca Roma ni Constantinopla, mandaba ángeles y arcángeles, tronos y dominaciones, demonios y espíritus, por el nombre inefable! ¿Qué ciencia teneis que no la háyais tomado de los egipcios y caldeos? ¡Y qué sabian los egipcios que no les hubiese enseñado Moisés? ¡Y qué conocimientos poseian los caldeos sino los que Daniel les habia transmitido? ¡El mundo lo que sabe nos lo debe á nosotros, padres y maestros de la magia; á nosotros, señores de los secretos del universo! Acude, niña griega... (como llamaban los sacerdotes de Egipto á sus antepasados, siempre niños, siem-

pre pidiendo un juguete nuevo y atrayéndole al siguiente día), acude á la fuente de tu miserable ciencia. ¡Dí lo que quieres ver, y lo verás!

Hipatia estaba aterrada, porque era indudable, á lo menos, que la vieja tenía fé en sus palabras; y habia visto tan poco de esto, que no es de extrañar obrase sobre ella con esa predominante fuerza simpática con que la persuasiva obra generalmente, y quizá debe obrar sobre el corazon humano. Además, su escena habia buscado siempre en las antiguas naciones del Oriente los primitivos manantiales de inspiración, ciencia misteriosa de razas que habian desaparecido hacia largo tiempo. ¿No pudiera ella haberla encontrado ahora?

La judía conoció al instante su ventaja, y continuó, sin darle lugar para responder:

—¿Cómo echaré, pues, las suertes? ¿Por medio del cristal y el agua, del rayo de la luna en la pared, del cedazo, ó de la harina? ¿Por medio de los címbalos, ó de las estrellas? ¿Por medio de la tabla de los veinticuatro elementos, como que se prometió el imperio á Teodorico el Grande, ó por las sagradas monedas

de los Asirios, ó por el zafiro de la esfera de Hecáte? ¿Amenazaré, como acostumbraban hacer los sacerdotes egipcios, con descuartizar de nuevo á Osiris, ó con divulgar los misterios de Isis? Podría verificarlo, si quisiese; pues los sé todos, y mas. ¡O me valdré del inefable nombre grabado sobre el sello de Salomon, y que solo nosotros, entre todas las naciones de la tierra, conocemos? No; sería lástima, tratándose de una pagana. Emplearé la oblea sagrada. ¡Mira... aquí están los milagrosos átomos! ¡No comas hoy nada; solo una de estas obleas de tres en tres horas; y ven á buscarme por la noche á casa de tu portero Eudemon, llevando contigo la ágata negra; y entonces, lo que deseas ver, eso verás.

Hipatia cogió las obleas titubeando....

—Pero ¿qué es esto?

—¡Y tú pretendes explicar á Homero! ¡Tú, á quien oí la otra mañana discurrir con tanta ligereza sobre el nepente que Elena dió á los héroes, para infundirles el espíritu de alegría y amor, diciendo que era una alegoría de la inspiración interior que brota de la belleza espiritual, con otras cosas por el

estilo! Perfectamente, hermosa dama; pero la pregunta queda aun en pié. ¿Qué era aquello? Yo digo que aquello era esto.... toma y prueba; y entonces confesarás que mientras que tú puedes hablar acerca de Elena, yo puedo obrar como ella, y que en último resultado sé algo mas sobre Homero que tú.

—No te creo, si no me das alguna señal de tu poder.

—¿Una señal?... ¿Una señal? Arrodíllate con la cara vuelta al Norte: eres demasiado alta para la pobre vieja tullida.

—¿Arrodillarme? Nunca lo he hecho ante ningun mortal.

—Entonces, figúrate que te arrodillas ante ese hermoso Apolo.... pero arrodíllate.

Y obligada por los ojos relucientes de la vieja, Hipatia se arrodilló ante ella.

—¿Tienes fé? ¿Tienes deseo? ¿Te sometes? ¿Obedecerás? La pertinacia y el orgullo nada ven, nada saben. Si no te entregas enteramente, ni Dios ni el diablo se acercarán á tí. ¿Te sometes?

—¡Sí, sí! exclamó la pobre Hipatia llena de curiosidad y desconfianza, al

mismo tiempo que sentía aflojarse los miembros mas y mas á cada momento bajo el influjo de aquella poderosa fascinación.

La vieja sacó de su seno un cristal y colocó la punta contra el pecho de Hipatia. Un temblor frío corrió por sus venas... La hechicera movió misteriosamente sus manos alrededor de su cabeza, diciendo de cuando en cuando: ¡Abajo, abajo, orgulloso espíritu! En seguida aplicó las puntas de sus dedos á la frente de la víctima. Gradualmente los párpados de ésta se le fueron poniendo pesados; una vez y otra intentó levantarlos, y se bajaron de nuevo ante aquellos ojos fijos y relucientes... Al cabo de un instante habia perdido el conocimiento.

Cuando despertó estaba de rodillas en una parte distante de la sala, con el cabello despeinado y el vestido descompuesto. ¿Qué objeto tan frío era el que tenia abrazado? ¡El pié de Apolo! Junto á ella estaba la hechicera riéndose y palmoteando.

—¿Cómo he venido á este sitio? ¿Qué he estado haciendo?

—¡Has estado diciendo cosas tan bue-

nas! Tales son los cumplimientos que has dirigido á ese jóven, que creo no los olvidarás en la visita de esta noche. ¡Qué encantador arrebató profético has tenido! ¡Ah, ah! no eres tú la unica mujer que es mas sabia dormida que despierta. Bien, tú harás una excelente Casandra... ó una Clieia... como mejor te agrade. ¿Estás satisfecha ahora? ¿Quieres mas señales? ¿Será preciso que la vieja judia haga saltar por medio del fuego esos azules ojos para mostrar que sabe mas que la pagana?

—¡Oh, te creo, te creo! exclamó la pobre jóven, cuyas fuerzas estaban ya agotadas. Iré, y sin embargo...

—¡Ah, sí! Harás bien en fijar antes cómo ha de aparecerse.

—¡Como él quiera! Basta que venga.

—¿Como su estatua que ves allí?

—¡Oh, no, no! No pudiera resistirle de ese modo. Que conozca que es dios, y es suficiente. Abamnon ha dicho que los dioses se aparecian en una luz clara, constante, irresistible, en medio de un coro compuesto de todas las deidades menores, arcángeles, principados y héroes que proceden de ellos.

—Abamnon era un viejo loco. ¿Crees

que Febo corrió en persecucion de Dafne con semejante séquito, ni que Júpiter cuando fué á nado en busca de Leda, precedía á una congregacion entera de patos y chorlitos? No, vendrá solo.... á tí sola; y entonces podrás elegir para tí, entre Casandra y Clieia. Adios. No olvides las obleas, y no hables con nadie desde ahora hasta la puesta del sol. Entonces te espero, hermosa dama.

Y riéndose en sus adentros, la hechicera dejó la habitacion.

Hipatia se sentó, trémula de vergüenza y de espanto. Como discípula de la mas pura escuela espiritualista de Porfirio, siempre habia mirado con aversion y desprecio las artes teúrgicas, tan preconizadas y empleadas por Yamblico, Abamnon y demas apasionados á los antiguos ritos eclesiásticos del Egipto y la Caldea. Habíanle parecido entretenimientos vulgares, juegos de manos propios solo para sorprender á la multitud.... Ahora empezaba á juzgar de ellas favorablemente. ¿Qué sabia si el vulgo no necesitaria señales y milagros en apoyo de sus creencias?... ¿No las necesitaba tambien ella? Y abrió la famosa carta de Abamnon á Porfirio, y

leyó ardientemente, por la vigésima vez, su sutil justificacion de la magia. ¡Magia! ¿Qué habia que no fuese mágico? Todo el universo, desde los planetas que rodaban sobre su cabeza, hasta el mas humilde guijarro que hollaban sus piés, era misterioso, inefable, milagroso, ejercia y recibia influencias por medio de afinidades y repulsiones tan inesperadas, tan insondables como las que, segun decia Abamnon, atraian á los dioses hácia aquellos sonidos, hácia aquellos objetos, que sea por la forma, por el color ó por las propiedades químicas, eran simbólicos de ellos ó les estaban relacionados. ¿Qué habia de extraño en todo esto? ¿El amor y el odio, la simpatía y la antipatía, no eran las leyes del universo? Los filósofos, cuando daban explicaciones mecánicas de los fenómenos naturales, no se acercaban mas á su verdadera solucion. El misterioso ¿Por qué? permanecia intacto.... Y toda su analisis lograba solo oscurecer con palabras retumbantes el simple hecho de que el agua aborrecia el aceite, con el cual no queria mezclarse, la cal amaba al ácido que recibia dentro de sí, encendiéndose mas, como un

amante con el placer del abrazo. ¿Por qué no? ¿Qué derecho tenemos de negarles sensaciones, emociones que nosotros experimentamos? ¿No se mueve en ellos el mismo espíritu universal que en nosotros, y á este espíritu no debemos el poder pensar, sentir, amar?... Entonces, ¿por qué no podrán también ellos? Si ese espíritu penetra todas las cosas, si su presencia fortalecedora se une así con las flores y el cristal como con los demonios y los dioses, ¿por qué no ha de unir también entre sí los dos extremos de la gran cadena de seres? ¿por qué no ha de enlazar al que carece de nombre, aun con la criatura mas pequeña que recibe su impresion creadora? ¿Hay mayor milagro en la atraccion de un dios ó de un ángel, por medio de inciensos materiales, símbolos, encantos, que en la atraccion de una alma respecto de otra, por medio de los sonidos materiales de la voz humana? La afinidad entre el espíritu y la materia que esto implica, ¿es mas milagrosa que la afinidad entre el alma y el cuerpo? ¿que la retencion de esta alma dentro de este cuerpo, mediante la respiracion del aire material y la comida de objetos

materiales? O si los físicos tuviesen razon y el alma no fuese mas que un producto ó energía material de los nervios, y las únicas leyes del universo, la ley de la materia, ¿no seria entonces la magia aun mas probable, mas racional? ¿Todas las analogías no inducen á suponer la existencia de otros seres, superiores á nosotros, obedientes á esas leyes, á los que se podria atraer por lo mismo, como si fuesen seres humanos, mediante espectáculos y sonidos materiales?... Si el espíritu lo invadia todo, la magia era probable; si no existia mas que materia, la magia era cierta moralmente. En ambos casos, solo faltaba la prueba de la experiencia. ¿Y no se habia empleado esta prueba con feliz éxito en todos los siglos? ¿Qué mas racional y filosófico que ensayar ella misma esos métodos y ceremonias, que á cada paso se le aseguraban no habian fallado nunca sino por ignorancia ó incapacidad del neófito?... Abamnon debia tener razon.... Hipatia no se atrevia á pensar de otro modo, porque si perdia esta última esperanza, ¿qué le quedaba sino comer y beber, para el dia de mañana morir?